

LA PREOCUPACIÓN POR LA CIUDAD EN EL PENSAMIENTO HUMANISTA DE ARTURO USLAR PIETRI

Abraham Enrique Andara Martos²⁰.

Resumen

El buen político no es aquel que se preocupa por adornar la ciudad con cosas materiales suntuosas como grandes edificios públicos o rascacielos o grandes avenidas para el transporte de mercancías o centros comerciales llenos de lujos como había hecho la revolución petrolera con las ciudades venezolanas, sino con embellecerla con buenos ciudadanos apertrechados con valores, educación, cultura, buen trabajo, calidad de vida, buenos servicios públicos en armonía con el medio y con un sentido de respeto hacia las tradiciones y la historia. Es esa particularidad cultural la que le otorga a la ciudad su personalidad, su espíritu distintivo. La decadencia urbana de la ciudad implica la decadencia moral del hombre. Esta decadencia se hace palpable en las ciudades Latinoamericanas en crecimiento no planificado (gigantismo) pero sobre todo en las ciudades venezolanas donde ese gran cataclismo que se llamó la renta petrolera condenó a los venezolanos a vivir una vida urbana parasitaria, fútil y marginal hipotecando su destino como nación en riesgo y su desarrollo. Encontrarle una salida inteligente a ese laberinto urbano en lo que llamó “la Venezuela posible” va a ser una preocupación constante en el pensar humanista sobre la ciudad de Arturo Uslar Pietri.

Venezuela. Ciudad. Fenómeno urbano. Renta petrolera. Uslar Pietri.

Abstract

The good politician is not one who cares about adorning the city with sumptuous material things such as large public buildings or skyscrapers or large avenues for the transport of merchandise or shopping centers full of luxuries as the oil revolution had done with the Venezuelan cities, but with beautify it with good citizens equipped with values, education, culture, good work, quality of life, good public services in harmony with the environment and with a sense of respect for traditions and history. It is this cultural particularity that gives the city its personality, its distinctive spirit. The urban decadence of the city implies the moral decadence of man. This decline is palpable in Latin American cities in unplanned growth (gigantism) but especially in Venezuelan cities where that great

²⁰ Politólogo Abraham Enrique Andara Martos es Magister en Ciencias Políticas por la Universidad de Los Andes (ULA)-Venezuela y doctorando en Estudios Políticos por esa misma Universidad. Profesor de Teoría Política de la Escuela de Ciencias Políticas de la ULA-Mérida. Doy las gracias al CDCHTA de la Universidad de Los Andes por el financiamiento de esta investigación bajo el código D-489-17-09-B.

cataclysm called oil rent condemned Venezuelans to live a parasitic, futile and marginal urban life mortgaging their destiny as a nation at risk and its development. Finding an intelligent way out of this urban labyrinth in what he called "possible Venezuela" was going to be a constant concern in Arturo Uslar Pietri's humanist thinking about the city.

Keywords: Venezuela, city, urban phenomenon, oil income, Uslar Pietri. La ciudad y su epistemé.

Para el humanista venezolano Arturo Uslar Pietri, la *política* era sencillamente *poder en comunidad* y esto no era otra cosa que “el arte de vivir y de organizarse para el progreso común” (2006/1996c, 438). Y la *ciudad* no es otra cosa que una aglomeración de gente en un espacio determinado que no siempre es igual en todas partes. En unos casos puede ser sólo física (edificios, avenidas y calles); mientras que en otros puede tener un espíritu, una personalidad, un carácter como consenso colectivo de la gente que cree participar en un hecho cultural importante, lo cual le otorga a esa ciudad su prestigio y continuidad en el tiempo. Es ese espíritu ciudadano particular el que representa a sus ciudadanos y lo que le otorga importancia a una ciudad, nos contaba Uslar Pietri en su popular programa televisivo “Valores Humanos” (2023).

Con la reflexión sobre la vida en común de la *polis griega* comienza en Occidente la fantástica aventura de construir, destruir y reconstruir ciudades, reflexionar sobre ellas y sobre las diversas formas de vidas y de poder que se gestan en su seno (política). Progreso urbano griego que luego se expandió como pólvora por lo que será la civilización occidental con la posterior construcción de la imperial ciudad romana (*urbe*); luego con la edificación de las ciudadelas amuralladas medievales (*civitas*); la puesta en marcha de las siempre inestables ciudades-repúblicas del renacimiento y su ideal de autogobierno (*burgos*) hasta llegar, finalmente, al ensamblaje de las ciudades americanas de la mano de los conquistadores y colonizadores europeos. Este acervo cultural forma parte de nuestra herencia política y urbanística. Desde esa época hasta el día de hoy, se delibera apasionadamente sobre sus aciertos y sus fracasos, pero también sobre su evolución desde pequeñas aldeas hasta llegar a convertirse en gigantescos conglomerados humanos tendientes al caos en un mundo cada vez más interdependiente y globalizado.

Para el pensar humanista en el centro de esta discusión se encuentra la siempre compleja relación existencial y pedagógica entre la *ciudad* y *el hombre*. Relación que capta la atención de nuestro intelectual caraqueño que reflexiona durante toda su vida sobre la dimensión y las circunstancias que rodean la vida humana, sus valores y su dignidad como parte del despliegue de la inteligencia.

Sin duda, Aristóteles ha sido el filósofo griego que más ha influido en ese pensar humanista sobre la ciudad, el hombre, y el poder. Al comienzo de su *Politeia* afirmaba el filósofo que quien vive fuera de la ciudad o es un animal o es un dios (Aristóteles 1988). Lo que quería decir el estagirita es que sólo en el marco de la ciudad nos podemos desarrollar como verdaderos seres humanos porque la *polis* nos provee de las cosas

materiales, espirituales y culturales que posibilitan que nuestra *potencia* biótica humana (*bios*) se convierta en *acto*, en hombre, y alcancemos nuestro *fin* que no es otro que la consecución de la eudaimonia (tranquilidad del alma) al lograr obtener la vida buena en comunidad (Aristóteles 2014). No es casualidad, entonces, que la filosofía y la política como episteme nacen con la reflexión de la vida del hombre dentro de los límites de la ciudad (Strauss 2006), y de ser así, se reflexiona, debemos encontrar la forma de vivir la mejor vida posible. Y esto no significa una vida llena de bienes materiales que sólo nutren nuestras necesidades corporales y nos esclavizan, sino de las posibilidades reales de hacer una vida activa de trabajo, producción y conocimiento (vida activa). Hacia ese destino marchará el pensamiento crítico del Dr. Uslar Pietri durante sus noventa y cuatro años de vida activa.

La vida buena aristotélica, aquella que sólo se podía lograr viviendo en el interior de la ciudad, está lejos de ser una realidad ontológica en nuestros centros urbanos venezolanos. ¿Qué nos dijo el Dr. Uslar Pietri de este fenómeno urbano? ¿Cómo llegamos a esta caótica situación urbana en Venezuela de acuerdo con el pensamiento humanista del Dr. Uslar Pietri? Y ¿cómo podríamos salir de él? Buscaremos esas respuestas en lo que queda de escrito.

1. Un humanista incómodo para las élites de poder venezolanas.

El doctor Arturo Uslar Pietri fue el intelectual humanista más influyente del siglo XX en Venezuela. En 1965 se definió así mismo como “humanista democrático” y nos habló por primera vez de la “Venezuela posible” (Uslar 1965). Pensador incómodo para las élites de poder de este país y sus estructuras corporativas y partidistas, puso su pluma y sus ideas al servicio del combate y compromiso político en un momento en el cual la literatura comprometida y el intelectual combativo estaba en franca huida en la cultura occidental. Pensaba que el don más importante de un intelectual está en su libertad de conciencia, de la cual debe ser responsable sin dejarse arrastrar por los pensamientos deformados de las pasiones colectivas (ideologías, nacionalismos, racismos) que esclavizan a los hombres. Para ese objetivo puso el Dr. Uslar Pietri su pensamiento y su acción en sus libros, cuentos y novelas, en la prensa escrita, en la radio y la televisión. Sus estudios en Ciencias Políticas; su actividad como profesor universitario; su experiencia como Ministro de Educación en el gobierno de López Contreras y como Secretario de la Presidencia y Ministro del Interior con Medina Angarita: su difícil exilio en Nueva York y su regreso a la patria para ser diputado y senador en la democracia; su conocimiento de economía, su actividad como crítico infatigable; su activismo político contracorriente y sus frustradas aspiraciones presidenciales fueron puestos al servicio de Venezuela y América Latina en el más genuino talante humanista.

Hombre de vasta y sólida formación cultural, admirador de Leonardo da Vinci, Vico y Erasmo de Rotterdam y del renacimiento en general, su pensamiento y acción política giraban en torno al hombre y la ciudad, o lo que es lo mismo sobre la antropología y la cultura que nutre los *valores humanos*. Al decir de Uslar, es la ciudad la que nos da el carácter y la identidad que nos es peculiar como hombres. La historia toma sentido en la ciudad no sólo en el sentimiento como nación sino también en su destino.

La ciudad hace al hombre, somos lo que la ciudad hace de nosotros, pero también le corresponde al hombre velar por proteger y perfeccionar la ciudad no sólo en lo material sino –y mucho más- en lo cultural y social. Hay que mantener ciertos límites para no perder la ciudad. El buen político no es aquel que se preocupa por embellecer la ciudad con cosas materiales suntuosas como grandes edificios públicos y rascacielos (jaulas de acero) o grandes avenidas para el transporte de mercancías o centros comerciales llenos de lujos, como había hecho la revolución petrolera con las ciudades venezolanas, sino con embellecerla con buenos ciudadanos apertrechados con educación, cultura, buen trabajo, con un sentido de respeto hacia las tradiciones y la historia. La decadencia urbana de la ciudad implica la decadencia moral del hombre. Sostiene el humanista venezolano que el cambio cuantitativo de una ciudad tiene un impacto cualitativo (calidad) porque a medida que la ciudad va creciendo en población, necesidades y en bienes materiales, en la misma proporción afecta el espíritu colectivo y corroe el carácter de sus habitantes, por eso afirma: “Hay una relación evidente entre el número y la calidad, lo que podía significar que esos rasgos individualizadores y creadores, que caracterizaron a las grandes ciudades matrices de Occidente en el pasado, pueden perderse o dañarse irremisiblemente si se rompiera el equilibrio entre el volumen de la aglomeración humana y el mantenimiento de un espíritu colectivo, lo que nos llevaría al muy inseguro terreno de tratar de conocer el tamaño ideal de la ciudad y el límite cuantitativo más allá del cual pierde su carácter (Uslar 2006/1996c, 438). Las ciudades venezolanas -sobre todo Caracas- en el pensar de Uslar, pasaron esos límites cuantitativos que terminó por corroer el carácter y el espíritu colectivo de los venezolanos. Y es exactamente esta decadencia poblacional y material citadina la que llevaría al *zoon politikon* venezolano a su ruina moral y al desdibujamiento de su identidad y espíritu local, como más adelante observaremos con detenimiento.

2. La ciudad colonial en el pensar de Uslar Pietri.

El nacimiento y la evolución de la ciudad forma el núcleo más importante del proceso civilizatorio como lo expresa Uslar: “Las grandes civilizaciones, como la Occidental, cuajaron, se formaron y se expresaron en ciudades” (Uslar 2006/1996c, 437)²¹. Este proceso se enuncia de muchas formas: Desde la aparición de la poli griega que creó el modelo de vida civilizada, pasando por las urbes romanas, las civitas medievales, los

²¹ Esta idea es constante en el pensamiento de Uslar Pietri, en otro pasaje sostiene: “Es un mero juego de palabras y una verdad de Pero grullo decir que la historia de la civilización es un producto de las ciudades. Podría escribirse, sin exagerar ni distorsionar, la historia de la civilización en torno a la existencia de algunas ciudades señeras, Babilonia, Tebas, Atenas, Roma. O también, y a su manera, Florencia, Venecia, París, Londres, Toledo, Pekín, Moscú, Nueva York, Kyoto” (2006/1981, 274).

burgos del renacimiento, las ciudades barrocas y góticas de Europa, las ciudades industriales solitarias de Estados Unidos hasta llegar las modernas ciudades superpobladas y caóticas de Asia. Proceso que dista de ser uniforme y homogéneo. Cada civilización tiene su forma propia de desarrollar su urbanidad y su cultura: algunos avanzan hacia la modernización técnica (Estados Unidos); hacia el nacionalismo (Europa); otros hacia el caos poblacional (Asia) y otros hacia su decadencia moral y marginalidad social (América Latina). Y así como la ciudad creó la civilización en nueve mil años de historia, hoy las grandes megalópolis con millones de habitantes amenazan con destruir esa misma civilización, reflexiona el pensador caraqueño.

Lo que ocupó el pensamiento de Uslar fue el desarrollo particular de la cultura hispanoamericana en el marco de la cultura occidental. Su historia y herencias, su arquitectura y desarrollo urbano, sus costumbres, sus ideas, sus modos y pareceres fascinaron al pensador venezolano. Acostumbrado a escribir artículos para su columna periodística “el pizarrón”, el maestro Uslar desarrolló un don para sintetizar magistralmente la evolución de las ciudades y sus impactos positivos y negativos en lo cultural y lo político. De su exilio político en Estados Unidos, Uslar escribió un ensayo “La ciudad de nadie” (1960) donde el maestro sintetiza en unas cuantas páginas la evolución histórica de la ciudad de New York, la ciudad más dinámica y culturalmente más heterogénea de ese país. Lugar al que todos llegan a buscar fama y fortuna, pero al que nadie pertenece realmente, todos allí están en la más grande e inmensa soledad. A esa tendencia, la sociología posmodernista de hoy la define como “individualización” (Beck 2003) pero al fin y al cabo es soledad en comunidad o individualismo institucionalizado, como se prefiera. Soledad que los sigue, los acecha y los espera. Soledad que se vende y que se merece. Soledad que es fruto de la falta y necesaria comunicación humana porque son incapaces de disfrutar del don de estar junto con otros seres humanos²².

La ciudad hispanoamericana ha sido parte de nuestra herencia greco-latina. Mientras que la cultura latina europea ha sido dominada culinariamente por la cerveza y el vino que se fermentan y se toma en grupos como ocurre con la iluminada Paris en la que vivirá Uslar un tiempo; la estadounidense, por el contrario, ha sido conquistada por la Coca-Cola que se toma individualmente y se produce industrialmente. Los neoyorquinos comen poco y desabridamente el sándwich siempre a la misma hora e ignoran la preparación y la fermentación de los alimentos que los indios nos han heredado como son la arepa, la chicha o la mazamorra como en América Latina. Argumenta Uslar “No es el americano pueblo de vino o de cerveza. El hispanoamericano, que tampoco lo es, tiene en cambio su bebida tónica, su licor de trance, su caldo espiritual en el concentrado y profundo café” (Uslar 1960). Luego de comer, el ciudadano neoyorquino abandona la mesa de forma rápida y

²² En eso de la soledad de la cultura urbana estadounidense coincide el maestro Uslar Pietri con otros grandes intelectuales de la cultura latinoamericana: el mexicano Octavio Paz (2004), el colombiano Germán Arciniega (1945), el uruguayo Ángel Rama (1998), el argentino José Luis Romero (2005) y el estadounidense Richard Morse (1999). Todos detectaron a su manera la misma tendencia que ya había sido expuesta por el maestro José Enrique Rodó y su espíritu modernista en su famoso “Ariel” (2005).

silenciosa. Allí no existe la sobremesa que es apta para el diálogo socrático y el intercambio de ideas y pensamientos, sostiene Uslar, actividad dialogal que se hace más placentera con un cafecito en la mano como se hace en Latinoamérica normalmente.

Siguiendo al Dr. Uslar, las ciudades latinoamericanas forman parte de nuestra herencia europea, región cuyo sello distintivo fue el de “construir y destruir ciudades”. Esta larga y ardua experiencia creadora y destructiva urbana fue capitalizada por España que construyó “ciudades renacentistas y tomistas” allende a las tierras del Mar-Océano, en las Indias Occidentales descubiertas por Colón y que a la postre se convertirán en la base del imperio colonial de Castilla y Aragón. Las ciudades indias o coloniales fueron emplazadas siguiendo un estricto y sabio plan urbanizador del cual no sabemos sacar provecho y del que hoy adolece Venezuela, en el pensar del humanista venezolano. Estas fueron ubicadas estratégicamente sobre asentamientos indígenas; frente al mar (como la Guaira, el Callao o Guayaquil); en zonas deshabitadas pero fértiles teniendo en cuenta las condiciones medio ambientales y sus necesidades para proveer alimentos y garantizar la seguridad de sus habitantes en caso de levantamientos indígenas; o sobre rancheríos indios como sucedió con Venezuela cuando se fundó el Tocuyo, Caracas y el resto de las poblaciones venezolanas.

La forma reticular de damero o tablero de ajedrez al estilo romano fue la utilizada en su diseño urbanístico, forma que permitía una rápida evacuación o defenderla a la hora de estar en problemas. Medidas con regla y cordel, en el medio debía estar la plaza principal, en las calles contiguas las edificaciones públicas, más allá la iglesia, luego las cuadras para la casa de los gobernantes o hidalgos, y al final, la de los trabajadores, los sirvientes y el mercado cerca del río. “La ciudad colonial española no era algo que crecía espontáneo y sin dirección, como la ciudad colonial inglesa, sino la fiel realización sobre el terreno de una completa y detallada concepción jurídica, teológica, militar y económica” sostuvo Uslar Pietri (2006/1951a, 81). Esta disposición terminó por convertirse en norma del Derecho Indiano y estructura de dominación centralizada. Incluso los terrenos ejidos para su progresivo crecimiento poblacional están de antemano planificados antes de su fundación, antes de levantarse la primera pared. La forma como debían vivir los vecinos, el papel del cura y la función del cabildo y su burocracia, estaban previamente tipificadas: “Era, a la vez, un ideal de destino y una obligación de hacer la que contraían solemnemente aquellos soldados que habitaban en ranchos de indios pero que, sin embargo, revestían gravemente dignidades, casi imaginarias, de cabildante y funcionarios, y asumían el compromiso indeclinable de vivir en ciudad desde el primer instante” (Uslar 1991, 429).

Las condiciones del terreno, la salud de los habitantes, el clima y las condiciones meteorológicas debían ser estrictamente resguardadas a la hora de iniciar una fundación, como sostenía la Ordenanza de Felipe II citada por Uslar: “Si el cielo es de buena y feliz constelación, claro y benigno, el aire puro y suave, sin impedimentos ni alteraciones; el temple sin exceso de calor o frío, si hay pastos para criar ganados, montes y arboledas para la leña, materiales de casas y edificios, muchas y buenas aguas para beber y regar” (Uslar

2006/1951a, 82). Las ciudades indianas debían tener buenas entradas y salidas por mar y por tierra para asegurar las comunicaciones, gobernar, socorrer y proteger. Las calles debían ser diseñadas de acuerdo con el clima de cada región. Si el clima era frío y lluvioso, las calles debían ser amplias para dejar que el sol entrara entre las grandes casas y aprovechar un poco de calor; pero si el clima era cálido y seco, las calles debían ser estrechas para dar más sombra entre las casonas y proteger a los transeúntes cuando caminen por la ciudad. Todas las casas debían ser iguales, estar unidas para la defensa, con grandes puertas, grandes ventanas y grandes patios para alojar a los caballos y otros animales (Uslar 2006/1951a, 82).

Pero estas ciudades indias no conservarían su forma primigenia con el pasar del tiempo. La llegada de los borbones al poder en el siglo XVIII y la salida de la casa de los Austrias en España tendrían un impacto con el nuevo desarrollo urbanístico al estilo barroco. Con la excepción del virreinato de Nueva España o de Lima, los ciudadanos americanos del resto de las ciudades no se sentían orgullosos de las casas humildes hechas con mampostería y barro, de techos de teja, de un piso o dos a lo mucho. Reclamaron por un cambio, y este se enfocó en rediseñar los grandes edificios como las iglesias y las edificaciones públicas al estilo barroco, es decir, con grandes torres y columnas suntuosas de labrada cantería, iluminadas y policromada madera. Este arte barroco no es trasplantado de España a América sin más ni más, sino un arte autónomo, mezcla de elementos europeos e indígenas, original y autóctono, que llenará toda la cultura hispanoamericana, y definirá su distintivo mestizaje cultural, sostendrá Uslar (2006/1951, 97).

En ciudades como Caracas, pobre, humilde y poco suntuosa, todo este arte barroco urbano de primera generación va a ser destruido por las guerras de independencia (larga, costosa y ruinoso) o por el terremoto de 1812. Catástrofes que no sólo acabaron con sus templos y casonas sino también con su cultura, educación, su buen gusto y gentilidad hospitalaria admirada por visitantes extranjeros como Humboldt o Depons en vísperas de la independencia. Cincuenta años pasarán para poder levantar de nuevo las ruinas urbanas que, en Venezuela, por lo menos, dejaron esos graves acontecimientos, lo cual revela la inmensa pobreza allí reinante.

En el caso venezolano, le correspondió a Guzmán Blanco -apunta Uslar con deo de admiración hacia el “ciudadano esclarecido”- reconstruir la ciudad en una segunda investida del arte barroco y gótico, primera tentativa de modernización y desarrollo urbano del país en medio de aquella pobreza, enfrentamientos civiles y militares y sin mucho presupuesto.

El urbanismo barroco tiene como objetivo resaltar las zonas de poder civil y espiritual dentro de la ciudad para empoderar aún más a sus gobernantes, generar respeto y admiración. Guzmán y Uslar Pietri comparten una admiración por París como ciudad moderna digna de imitar (Uslar 2023). Devoto de Francia, Guzmán tiene en la mente el modelo de desarrollo urbano parisino y soñaba con hacer de Caracas, *le petite Paris*, la ciudad futura de sus anhelos, una idea descomunal para aquellos días. Devenida en un

mercado público en la colonia, Guzmán transforma la plaza mayor en la plaza Bolívar con su estatua ecuestre característica que perdura hasta nuestros días. La vieja casa amarilla que funcionaba a veces como cárcel o como cabildo, es transformada en residencia presidencial, lugar digno donde se asienta la sede del poder ejecutivo. Crea el Capitolio Nacional demoliendo el antiguo convento de las monjas concepciones, rodeado de cuatro bulevares de amplias calles al estilo francés. El viejo convento de San Francisco se transforma en la nueva sede de la universidad con su característico estilo gótico. Hasta ese momento, Caracas no contaba con un verdadero teatro, y Guzmán levanta el teatro municipal en forma de castillo inspirado en las óperas europeas, aunque desproporcionado para aquella pequeña comunidad aún aldeana. La colina del calvario es transformada en un paseo, llamado ahora “el paseo independencia”, lleno de estatuas, jardines, arboledas y jaulas con fieras. Junto a la pequeña catedral de San Francisco, Guzmán levanta un gran templo construido en base a mampostería y no de materiales nobles, que es la iglesia de Santa Ana y Santa Teresa, el templo más importante que se ha construido en Caracas, tributo a la esposa de Guzmán, Ana Teresa Ibarra, con dos fachadas una para Ana y otra para Teresa. Desea convertir Antímano en una pequeña Versalles y a Macuto en un lugar de veraneo y de baños.

Guzmán saca a Caracas de aquel gran caos que había significado décadas de luchas y destrucción bajo su figura caudillista y personalista de ejercer centralmente el poder con una gran autoridad y con pocos recursos. Toda aquella transformación urbana guzmancista tiene una función pedagógica, apunta Uslar, que indica que los caraqueños deben aprender a vivir de otra manera. Todo esto se hace en su septenio; ya en su trienio construye solamente el gran templo masónico. Guzmán, caudillo megalómano y con deseos de gloria, levanta dos grandes estatuas de bronce de su persona, una frente al Calvario y otra frente a la universidad. En la reacción antiguzmancista de 1888, ambas estatuas ecuestres, símbolos de supremacía y poder del autócrata civilizador, son derrumbadas y arrastradas por toda la ciudad. Hasta allí, llega este gran impulso progresista y modernizador urbano que sobrevivirá hasta la llegada de los andinos al poder.

3. La ciudad moderna, la ciudad como caos.

Nacido en 1906, en su niñez y adolescencia, el joven Arturo logra presenciar los últimos alientos de aquella vieja ciudad colonial caraqueña en tiempos del gomecismo. Ha leído en libros, en novelas, cuentos, revisado en documentos oficiales u oído hablar a sus ancestros cómo eran aquellos tiempos de la vieja Caracas decimonónica, ahora por cambiar de una pobre aldea rural a una caótica urbe (Uslar 2006/1951b). Caracas dista de ser la ciudad ideal utópica de Moro, por el contrario, como otras grandes ciudades del orbe, la capital ha sucumbido a los impactos del crecimiento desmesurado de la población impulsados por la revolución petrolera, algo que ha hecho que sus límites territoriales, su estratificación social y su modo espiritual y cultural de vida cambien radialmente. Impacto que rompe con aquella proporción equilibrada entre la gente, el marco urbano y el espacio natural dentro de lo que se solía conocer como “la sultana del Ávila” o “la gentil Caracas”

donde “eran raros los crímenes y su aterrador comentario duraba por generaciones” (Uslar 1991, 429).

Pero hay una simbiosis entre la vida de la ciudad en transformación y la biografía de nuestro pensador humanista; Caracas y la vida de Arturo se relacionan, se mezclan y se confunden. Para entender la metamorfosis citadina urbana ya no hay que ir a los libros, ni a las crónicas coloniales, basta con caminar por sus calles, conducir por sus avenidas, para presenciar en primera persona la rápida y descomunal transformación que la renta petrolera ha generado en las antiguas calles de piedras y en las edificaciones hechas con mampostería rudimentaria y hormigón que son sustituidas por latas de zinc en una inmensa “ranchería” sin calles; como lo explica dramáticamente el mismo pensador a principios de los años ochenta:

Todo hombre que logra vivir suficientemente largo termina por convertirse, sin proponérselo, en testigo de los tiempos y coleccionista de contrastes. En mi caso, me ha tocado ser testigo del explosivo y descontrolado crecimiento de Caracas, mi ciudad nativa. Cuando yo era un joven estudiante universitario, la ciudad no pasaba de 150 mil habitantes. Seguía siendo, en lo visible, una pequeña aglomeración de casas bajas en el extremo occidental de un valle estrecho, cubierto de sembradíos y apoyado en la falda del Ávila, uno de los montes de más plástica belleza del mundo. Ahora anda cerca de los cuatro millones de habitantes, desborda el valle, trepa a los montes y se disuelve en un inagotable apretujamiento de casuchas sin calles, de casas sin estructura y de barrios de gangrenoso crecimiento (Uslar 2006/1981, 273).

En la “Caracas que no fue” (1991) constata amargamente Uslar que los intentos por reformar urbanamente a la capital propuestos por el Presidente Eleazar López Contreras, cuando contrata al arquitecto y urbanista francés Maurice Rodival, para transformarla en “la ciudad del futuro”, no se llevan a cabo por falta de presupuesto, no obstante: “La ciudad que propuso Rodival no rompía con el marco urbano tradicional ni con el carácter histórico, se esbozaba una zonificación apropiada al tiempo y las necesidades, y la dominaba y definía una gran avenida central, entre el parque de Los Caobos y la colina de El Calvario, que sería el eje de la futura vida urbana y el corazón de la ciudad”, recordaba melancólicamente el letrado humanista lamentando agriamente del fracaso de aquel noble proyecto (Uslar 1991, 430).

En plena Segunda Guerra Mundial y a pesar de las dificultades, le correspondió al Presidente Isaías Medina Angarita iniciar “con grandeza” la necesaria reurbanización que transformó a la peligrosa y miserable zona del Silencio (“una llaga en el centro de la Ciudad” para ese entonces) en pleno casco urbano bajo la dirección del insigne arquitecto

venezolano Carlos Raúl Villanueva que respetó la arquitectura tradicional propuesta por Rodival al no incorporar grandes rascacielos o jaulas de cementos en torno al casco central. “Hasta este punto -nos cuenta Uslar- llegó la tentativa y la posibilidad de asegurarle un porvenir urbano digno a Caracas” (1991, 430), después todo será caos incivilizatorio:

...el desbordamiento de la riqueza petrolera, la falta de visión de los gobernantes, el afán desenfrenado de los especuladores de tierras, y la proliferación tolerada y hasta estimulada por la más torpe e irresponsable demagogia lograron llenar todo el espacio, no sólo el urbano sino el natural, con una selva inhumana de torres de concreto y acero, y de una costra intrincada de viviendas improvisadas, sin posibilidad de servicios y de orden urbano, sin ninguna fisonomía civilizada, en la que se han hacinado en el transcurso de una veintena de años varios millones de pobladores, nacionales y extranjeros, sin posibilidad ninguna de poder recuperar algún día algo que pudiera tener semejanza o correspondencia con un ambiente urbano y civilizado (Uslar 1991, 430).

Por “sin ninguna fisonomía civilizada” nuestro autor entiende que a medida que la ciudad va creciendo en población de forma vertiginosa, sus habitantes van perdiendo sus equilibrios morales, se va diluyendo el carácter y los viejos lugares de encuentro pierden su significado primigenios, como apunta Arturo en 1996: “ El caso Caracas permite ilustrar las consecuencias incivilizadas de la excesiva aglomeración de personas, que trae como consecuencia inevitable la pérdida de lo que pudiéramos llamar la identidad y el espíritu local (Uslar 2006/1981, 438), que no es otra cosa que perder su alma, sus tradiciones y su sentido de comunidad.

Hasta 1930, por lo menos, antes de la explosión demográfica, el éxodo del campo a la ciudad, el abandono de la vida rural y agraria en pos del *viviré* citadino, se podría hablar de la ciudad como un ente vivo, reconocible y predecible que permitía conocerla, y como dice el mismo Uslar: “Había un espíritu caraqueño, un tipo caraqueño, una caracterización representativa que tenía un efecto pedagógico y modelador sobre el resto del país” (2006/1981, 274). Este espíritu pedagógico nacional que representaba la capital, la Caracas del himno nacional, “la del ejemplo a seguir”, se diluye, la ciudad se fragmenta, se divide, aparece la exclusión y detrás de ella la marginalización inducida por la diferenciación social acelerada que la inciviliza por causa del impacto de la renta petrolera:

El inmenso cataclismo social, económico y mental, que representó para Venezuela el desproporcionado surgimiento de la riqueza petrolera en manos del Estado tuvo terribles consecuencias en Caracas. Inmensas masas informes del propio país y de los países vecinos inundaron el estrecho valle caraqueño, borraron el contorno y el espíritu de la ciudad, invadieron las

colinas aledañas y crearon una de las más antiurbanas aglomeraciones que pudiera imaginarse (Uslar 2006/1996c, 438).

De los sesenta años que van desde 1920 hasta 1980, el aspecto de la villa tradicional desapareció, se borraron los centros de relación y todo se cubrió de “una densa acumulación de edificaciones de todos los tamaños y estilos y un intrincado tejido de autopistas y distribuidores de tránsito, cuajados de vehículos, se extendió por todo el valle. La ciudad congestionada desbordó su marco urbano y se desplegó como un torrente de inundación sobre todos los aledaños, en barrios de improvisada hechura, en acumulación de gente advenediza y de viviendas de azar. Nada quedó de la vieja ciudad y muy poco de su carácter y de su espíritu” (Uslar, 2006/1981, 274)

Pero lo que más preocupa al intelectual caraqueño de este sombrío panorama urbano capitalino es que los distintos gobiernos que se han sucedido no han tenido una efectiva política de población y el impacto petrolero “hacen muy difícil que se pudiera adoptar una con sentido razonable” (2006/1996c, 439). Y en esto no le faltó razón al humanista. No sólo en Caracas, sino en todas las ciudades masificadas de América Latina se ha perdido el sentido de lo urbano, lo que debe conducir a una aguda reflexión y a un cambio de mentalidad. No hay un rastro de mayor optimismo en el escritor venezolano que apunta una de sus lanzas hacia una posible aunque débil solución, en los marcos a sus comentarios del proyecto Habitación II de Naciones Unidas donde comenta: “Muchas cosas tendrán que cambiar la mentalidad de la gente culta de América Latina para que pudiera llegar, siquiera, a concebirse la posibilidad de una verdadera política de la población que significara contener el crecimiento de las aglomeraciones informales y regresar al viejo ideal de lo que era y fue esa agencia fundamental de civilización, valga la redundancia que ha sido históricamente la ciudad “ (2006/1996c, 439).

4. La ciudad latinoamericana y sus problemas.

Lamentablemente, las actuales ciudades latinoamericanas -y las venezolanas en particular-, distan de encajar en aquel esquema clásico aristotélico del buen vivir. Parafraseando a Aristóteles, podemos decir que en el interior de nuestras ciudades conviven “dioses y animales” más que verdaderos y dignos seres humanos. Y es que la fragmentación societal y la desigualdad social son los *factum* ontológicos más resaltantes de nuestros centros urbanos ciudadanos. De la ciudad unitaria y homogénea latinoamericana conformada por un centro referencial para todos los sectores y clases sociales (la plaza principal), hemos visto emerger aceleradamente la ciudad fragmentaria y heterogénea compuesta por múltiples centros de referencia que mantiene alejados e incomunicado a los grupos humanos que en ella habitan y que están estratificados de acuerdo con sus niveles económicos. Sobre esta cuestión reflexionó agudamente Uslar Pietri teniendo como marco su natal Caracas.

Esto quiere decir, que los pobres viven en sus zonas no urbanizadas o semiurbanizadas, con su carencia de servicios públicos, inseguridad y escasez de oportunidades; mientras que los de estratos económicos superiores (ricos) viven aislados en sus urbanizaciones cerradas gozando de excelentes servicios públicos, seguridad privada y de una plétora de oportunidades de todo tipo. Es decir, mientras los pobres viven como “animales” sin poder desarrollar sus potencialidades humanas y manteniendo una vida sólo de subsistencia, los ricos viven como “dioses” rodeados de lujos y opulencias, pero sin la necesaria libertad de acción.

Es por eso que nuestras ciudades en América Latina han sido descritas como “unas islas de riqueza en medio de un inmenso mar de pobreza” (Sunkel, Paz 1970) y las ciudades venezolanas son descritas como “ciudades de vida y muerte” (Briceño-León 2015) donde la delincuencia organizada y amparada por el Estado es la que gobierna en las calles. Es en esta compleja situación en la que se hace presente la desigualdad inherente a nuestras ciudades y que no logramos comprender fenomenológicamente, es decir, nos cuesta tener conciencia objetiva de esta realidad a pesar de que vivimos sumergidos dentro de ella. Nos falta la *inteligencia* necesaria, nos dirá Uslar Pietri, para comprender las dimensiones, el impacto y salir de esta dramática realidad.

La pobreza reinante en la ciudad no se debe a la escasez de bienes materiales sino a la forma injusta como los mismos están distribuidos entre los diferentes estratos y clases sociales (desigualdad social). Observadores del singular desarrollo urbano latinoamericano estiman que sólo el 5 % de los habitantes disfrutan del 95 % del producto interno bruto de nuestras ciudades; mientras que el otro 95 % de habitantes sólo disfruta de un 5 % de los bienes y servicios que se producen en unos años en estas mismas ciudades (Reid 2018; Malamud 2016). Mientras pocos tienen mucho, muchos tienen poco. Pero los problemas no son sólo la distribución de los bienes materiales sino los accesos a las oportunidades y bienes inmateriales. Acceso a empleos dignos y bien remunerados, buenos colegios, un sistema efectivo y seguro de comunicación urbana, centros de salud bien equipados y a costos accesibles, no son alcanzables para los estratos bajos de nuestras ciudades sino sólo para una minoría.

Esta discriminación y diferenciación social potencializa las condiciones de inseguridad y marginalidad en nuestros centros urbanos que crecen aceleradamente y de forma muy alarmante y peligrosa, incluso las pequeñas “islas cerradas de riqueza y bienestar” también sufren los embates de esta situación y no sólo los cada vez más inmensos barrios pobres o marginados (favelas, tugurios, colonias, rancherías, barrios pobres, etc.). En realidad, nadie vive seguro en nuestras ciudades latinoamericanas víctimas de la delincuencia organizada, el narcotráfico, la prostitución, los enfrentamientos entre bandas armadas por el control de los barrios y la economía informal y de subsistencia (Briceño-León 2015).

5. Conclusión: Las consecuencias urbanas del rentismo petrolero en el pensamiento de Uslar Pietri.

Algún día el petróleo se acabará o perderá su valor en el mercado internacional – temía el doctor Uslar Pietri- y ese día, los venezolanos pagarán con creces las consecuencias sociales, económicas de su dependencia y adicción a la riqueza fácil y sin trabajo. ¡Tendrán que pedir ayuda a la Cruz Roja Internacional para que repartan comida en las esquinas!, alertaba Uslar públicamente. Ya Venezuela confrontó esa situación humanitaria, no vino la Cruz Roja Internacional, pero millones de venezolanos abandonaron abruptamente el país. Uslar lo advirtió: Había que hacer algo para salvar al país de una verdadera catástrofe nacional, de la cual aún no nos hemos evadido los venezolanos. Esto ya no podía hacerlo un hombre esclarecido o una élite política o partidista, tendría que hacerlo la Universidad, esa era su misión urbana y su deuda con Venezuela.

Argumentaba el humanista venezolano que la única forma de salvar al país de las garras depredadoras del inmenso gasto público estatal petrodependiente estaba en reconstruirlo material y culturalmente cambiando la dirección de nuestro modelo de desarrollo y reorientando la democracia representativa en lo que denominó “la Venezuela posible” (Uslar 2006/1992a). La revolución petrolera había embriagado y corrompido a los venezolanos que marchaban inexorablemente hacia su propia destrucción social y moral. El desarrollo modernizador de Venezuela no podía estar anclado en un bien tan inestable en su producción como en su comercialización internacional como lo era el petróleo. La inmensa riqueza que brotaba de nuestros pozos petroleros debía ser invertida de otra forma, en algo más humano e inteligente como en educación de calidad, la producción agrícola y manufacturera generadoras de trabajos productivos masivos bien remunerados y en la creación de universidades comprometidas con la investigación científica aplicada y en buenos hospitales. También debía ser invertido para contrarrestar el efecto perverso de un deformado desarrollo urbano que llenaría a las ciudades venezolanas de ranchos, pobreza y mal vivir. Un Estado liberal deformado por el inmenso e incontrolado gasto público estaba en el centro de la atención del humanista venezolano: “Este Estado de hoy –decía en 1973- que posee industrias, que dirige y determina en todas las formas concebibles la actividad económica, que interviene en la vida colectiva desde la educación hasta la salud, y desde el trabajo hasta el ocio, no puede funcionar con la eficacia requerida sino modifica a fondo la estructura heredada del estado liberal” (Uslar 2006/1973a, 203-204).

En su profundo reflexionar, sostenía el maestro Uslar que el modelo de desarrollo de confort y de producción estándar de bienes y servicios copiados del modelo estadounidense que financió el rentismo petrolero, no se adaptaba a nuestra realidad. Este modelo, que usaba poca mano de obra en su producción e introducía patrones de consumo alimenticios y culturales no aptos para los venezolanos, era poco eficiente para generar los empleos necesarios para nuestra cada vez más creciente y marginada población urbana:

Los campesinos que llegaban a Caracas no venían a convertirse en obreros de la industria, porque no había un desarrollo industrial suficientemente poderoso para provocar semejante migración. Venían hacia las ciudades en busca del rescoldo de la riqueza petrolera que el gobierno ponía a circular en ellas. El desarrollo de la producción petrolera hizo al Estado venezolano extraordinariamente rico, pero esa riqueza absorbía directamente muy poca mano de obra (Uslar 2017/1974).

Población rural que al no encontrar trabajo en las empresas ensambladora urbanas altamente tecnificadas, tuvo que buscar refugio en nuestra cada vez más inmensa e inútil burocracia pública estatal, en la economía informal y en el sector de los servicios. Estas tres actividades económicas están asociadas a una escasa capacitación educativa, a un pobre desempeño laboral y a muy bajos sueldos y salarios. La marginalidad pronto inundaría nuestros principales centros urbanos, principalmente Caracas, la capital, donde nació, creció y murió el maestro Uslar Pietri.

En lo político, este modelo de desarrollo equivocado incrementaba nuestra ya tradicional tendencia hacia la corrupción administrativa, el despilfarro de recursos, el nepotismo y el patrimonialismo con el cual se casaron nuestros principales partidos políticos dominantes y sus élites dirigentes en nuestro período democrático. El rentismo petrolero generó una sociedad de cómplices y de exclusión social, donde la principal debilidad de los partidos políticos no fue generar una verdadera oposición política hacia el gobierno para evitar el mal gobierno o la ingobernabilidad dentro del sistema político y social dependiente de la renta petrolera. En 1973, cuando el humanista venezolano estaba dejando su actividad como diputado, propuso repensar la democracia venezolana, hacerla más humana, civilizada y verdaderamente representativa:

Habría también que rediseñar todo el sistema representativo. Hay que lograr una mejor y más sincera representación del nuevo cuadro social en todos sus estamentos y parcialidades. Ya ese ciudadano abstracto, ese pueblo *in genere* no existe en la realidad social de los países desarrollados. Existen muchísimos intereses, posiciones, actividades y minorías verdaderas dentro de la sociedad moderna que debe estar representado sincera y directamente, si la democracia ha de ser representativa. Tanto como la localidad debe estar representado cada grupo social diferenciado y significativo (Uslar 2006/1973a, 204)

Pero los cambios no se produjeron y por mucho que se plantearon planes nacionales coordinados por CORDIPLAN, intentos por reformar al Estado como la COPRE o aplicar medidas de *shock* neoliberales, todos estos proyectos fracasaron porque en el fondo ninguno quiso realmente cambiar la base fundamental de nuestro desarrollo modernizador democrático anclado en el rentismo petrolero y su cada vez más exorbitante gasto público y social tendiente a la generación del populismo partidista que convirtió al país en un escenario de fiestas electorales y campañas publicitarias de imágenes y slogans desprovistas de contenidos programáticos reales, debate de ideas y propuestas educativas y culturales que llevaran al barco de nuestro país por otro rumbo hacia un puerto más seguro.

Había un problema sistémico de fondo y una falta de adaptación ante los cambios evidentes de nuestra realidad modernizada al cual las élites venezolanas no supieron hacerle frente: “Todo esto hay que repensarlo a fondo –reflexionaba Uslar- para poner al día la democracia representativa, de otro modo estaríamos condenados a perecer de ineficiencia e inadaptación, como los enormes lagartos del Terciario, que perecieron porque no supieron adaptarse a los cambios del medio” (Uslar 2006/1973a, 204). El propio Uslar Pietri en su vida fue un testigo excepcional del lamentable impacto y esta falta de adaptación que este tipo de modelo de desarrollo petrodependiente equivocado o mal usado generó sobre las ciudades y sobre el carácter de los ciudadanos venezolanos y su destino como nación. Había que salir de la marginalidad que había generado ese modelo: “No es una cuestión sólo de humanidad o de caridad hacia quienes viven en condiciones infrahumanas, es un problema de destino colectivo: o somos capaces de incorporar esa población marginal o esa población marginal va a crecer, va a ser mayoría y dará al traste con toda posibilidad de desarrollo” reflexionaba Uslar (2017/1974).

Entrando el siglo XXI, el veintiséis de febrero del dos mil unos nos abandona Arturo Uslar Pietri, y ese día, el búho de Minerva voló al atardecer de la Venezuela posible.

Referencias bibliográficas

Arciniegas, Germán (1945) En el país de los rascacielos y las zanahorias. Editorial: Librería Suramérica, Bogotá, Colombia.,

Aristóteles (1988) La política. Editorial Gredos. Barcelona

Aristóteles (2014) Ética a Nicómaco. Editorial Gredos. Barcelona.

Beck, Ulrich (2003) individualización: El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas. Paidós. Barcelona

Briceño-León, Roberto (2015) Ciudades de vida y muerte. Editorial Alfa. Caracas.

Malamud, Andrés (2016) “El malentendido latinoamericano”. Revista Nueva Sociedad. Nov-Dic. Argentina. Pp. 32-34.

Morse, Richard (1999) El espejo de Próspero. Dialéctica del nuevo mundo. Siglo XXI editores. México.

Paz, Octavio (2004) El laberinto de la soledad. Editorial Cátedra.

Rama, Ángel (1998) La ciudad letrada. Arca. Montevideo. Uruguay.

Reid, Michael (2018) El continente olvidado. Una historia de la nueva América Latina. Editorial Crítica. Bogotá-Colombia.

Rodó, José Enrique (2005) Ariel. Motivos de Proteo. Biblioteca Ayacucho, Caracas.

Romero, José Luis (2005) Latinoamérica: las ciudades y las ideas siglo XXI argentina.

Ruiz Chataing, David (2018) Política, historia y democracia en la obra de Arturo Uslar Pietri. Tiempo y Espacio, Vol. 36, N°. 69. Pp. 221-249.

Strauss, Leo (2006) La ciudad y el hombre. Katz Editores. Argentina.

Sunkel, Osvaldo y Paz, Pedro (1970) El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo. 23a. edición. Siglo veintiuno editores. México.

Uslar Pietri, Arturo (2017/1974) “O ranchos o desarrollo”. Publicado por la Casa Arturo Uslar Pietri. Caracas. Disponible en: <http://casauslarpietri.org/aup-o-ranchos-o-desarrollo/>

Uslar Pietri, Arturo (1991) “La Caracas que no fue”, en VV.AA. El Plan Rotival. Un plan urbano para Caracas. Ediciones del Instituto de Urbanismo, Caracas.

Uslar Pietri, Arturo (1960) La ciudad de nadie. Editorial Losada. Buenos Aires.

Uslar Pietri, Arturo (1965) Hacia el humanismo democrático. Frente Nacional Democrático. Caracas.

Uslar Pietri, Arturo (1967) Discurso de orden: Sesión solemne del 25 de julio de 1967. Día del Cuatricentenario de Caracas.: Ediciones del Concejo Municipal del Distrito Federal. Caracas.

Uslar Pietri, Arturo (1998) De una a otra Venezuela. 8.^a ed.: Monte Ávila Editores. Biblioteca Popular Eldorado. Caracas

Uslar Pietri, Arturo (2006) Pizarrón. Los libros del Nacional. Universidad Metropolitana. Caracas

Uslar Pietri, Arturo (2006/1950) “El medio siglo”. En Pizarrón. Los libros del Nacional. Universidad Metropolitana. Caracas. Pp. 61-63.

Uslar Pietri, Arturo (2006/1951a) “La ciudad colonial”. En Pizarrón (2006). Los libros del Nacional. Universidad Metropolitana. Caracas. Pp. 81-33.

Uslar Pietri, Arturo (2006/1951b) “El fin de la Venezuela rural”. En Pizarrón (2006). Los libros del Nacional. Universidad Metropolitana. Caracas. Pp. 61-63.

Uslar Pietri, Arturo (2006/1951c) “El legado del barroco”. En Pizarrón (2006). Los libros del Nacional. Universidad Metropolitana. Caracas. Pp. 96-98.

Uslar Pietri, Arturo (2006/1973a) “El más humano y civilizado”. En Pizarrón (2006). Los libros del Nacional. Universidad Metropolitana. Caracas. Pp. 203-204.

Uslar Pietri, Arturo (2006/1973b) “La riqueza no ganada”. En Pizarrón (2006). Los libros del Nacional. Universidad Metropolitana. Caracas. Pp. 205-207.

Uslar Pietri, Arturo (2006/1975) “La civilización y lord Clark”. En Pizarrón (2006). Los libros del Nacional. Universidad Metropolitana. Caracas. Pp. 230-231.

Uslar Pietri, Arturo (2006/1977) “La traición de los intelectuales”. En Pizarrón (2006). Los libros del Nacional. Universidad Metropolitana. Caracas. Pp. 241-242.

Uslar Pietri, Arturo (2006/1981) “La ciudad como caos”. En Pizarrón (2006). Los libros del Nacional. Universidad Metropolitana. Caracas. Pp. 273-275.

Uslar Pietri, Arturo (2006/1985) “Los males del petróleo”. En Pizarrón (2006). Los libros del Nacional. Universidad Metropolitana. Caracas. Pp. 317-218.

Uslar Pietri, Arturo (2006/1992a) “Una Venezuela posible”. En Pizarrón (2006). Los libros del Nacional. Universidad Metropolitana. Caracas. Pp. 393-394.

Uslar Pietri, Arturo (2006/1992b) “La crisis venezolana y sus salidas”. En Pizarrón (2006). Los libros del Nacional. Universidad Metropolitana. Caracas. Pp. 395-396.

Uslar Pietri, Arturo (2006/1995) “Para salir del laberinto”. En Pizarrón (2006). Los libros del Nacional. Universidad Metropolitana. Caracas. Pp. 417-419.

Uslar Pietri, Arturo (2006/1996a) “El ocaso de los intelectuales”. En Pizarrón (2006). Los libros del Nacional. Universidad Metropolitana. Caracas. Pp. 426-427.

Uslar Pietri, Arturo (2006/1996b) “El Monstruo del Estado”. En Pizarrón (2006). Los libros del Nacional. Universidad Metropolitana. Caracas. Pp. 428-430.

Uslar Pietri, Arturo (2006/1996c) “Ciudad y civilización”. En Pizarrón (2006). Los libros del Nacional. Universidad Metropolitana. Caracas. Pp. 437-439.

Uslar Pietri, Arturo (2006/1997a) “Los futuros de Venezuela”. En Pizarrón (2006). Los libros del Nacional. Universidad Metropolitana. Caracas. Pp.462-463.

Uslar Pietri, Arturo (2006/1997b) “Estado y nación en Venezuela”. En Pizarrón (2006). Los libros del Nacional. Universidad Metropolitana. Caracas. Pp.464-465.

Programas de televisión: Valores humanos.

Uslar Pietri, Arturo (2012) “Uslar Pietri en el Cuatricentenario de Caracas”
Programa Valores Humanos. Disponible:
<https://www.youtube.com/watch?v=wgee6ZWz6zY>

Uslar Pietri, Arturo (2022) Caracas y Antonio Guzmán Blanco. Valores Humanos. Disponible en *<https://www.youtube.com/watch?v=Noo5Dn6kuvs>*

Uslar Pietri, Arturo (2023) Paris, la ciudad del prestigio y resonancia mítica. Casa Uslar Pietri. Disponible en: